

**Luis César Santiesteban Baca.** Doctor en Filosofía por la Universidad de Ausburg, Alemania. Maestro en Filosofía por la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Actualmente es miembro del Sistema Nacional de Investigadores y perfil PRODEP. Sus líneas de investigación son: la ética de Aristóteles y la ética contemporánea (Heidegger, Levinás, Vattimo y Sartre), hermenéutica filosófica y metafísica. Dentro de sus publicaciones destacan: *Heidegger y la ética*, *Nietzsche*, *Heidegger y Vattimo. Ética, metafísica y hermenéutica*, *Filosofía del septentrión* (comp.) y *Ser y tiempo de Martin Heidegger. Comentario introductorio a la obra* (coordinador). Ha publicado artículos y también ha fungido como dictaminador en revistas especializadas de filosofía como lo son: *Diánoia*, *Signos Filosóficos*, *Analógia Filosófica*, *Graffylia* entre otras. Es profesor de tiempo completo en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Autónoma de Chihuahua (UACH).

#### **Historial editorial**

Recepción: 15 de abril de 2021

Revisión: 20 de abril de 2021

Aceptación: 9 de junio de 2021

Publicación: 28 de junio de 2021

# Cultura y *Violencia* Reflexiones en torno a la **alteridad,** marginación y la justificación *de la violencia* de José Carlos López Iracheta INSTITUTO DE CULTURA DEL MUNICIPIO Chihuahua, México. 2017



Luis César Santiesteban Baca

*Universidad Autónoma de Chihuahua*

*lsanties@uach.mx*

Al hablar de López Iracheta podemos advertir una madurez intelectual, pues los derroteros de su interés filosófico están ya trazados, lo cual no significa que con el tiempo no se vayan a ir agregando otros, a los ya existentes. En este libro podemos asistir a algunas de las temáticas que acaparan su preocupación y estimulan su pasión filosófica: la alteridad y la violencia.

Este es un libro que no se debe medir por su extensión física, pues su brevedad es engañosa. Su verdadera extensión la experimenta uno en la lectura, en lo vigoroso y expansivo de sus desarrollos e ideas, aunado al talante sugestivo, evocador de sus razonamientos, en que el texto se amplifica en el espacio mental e interior del lector. Hay textos que se encogen, a la hora de leerlos, y su aspecto voluminoso resulta sólo aparente.

El libro consta de la introducción, cuatro capítulos y la conclusión. El primer capítulo se titula “Alteridad radical: la monstruosidad del prójimo y el protobelicismo”. El segundo capítulo: “El tránsito a lo maldito: Las condiciones de la marginalidad y el Otro viral.”; el tercer capítulo “La enmascarada simbólica y la expulsión como construcción de un desecho social.”; el cuarto capítulo “Más culpabilidad y más persecución: Hacia un perfil de la violencia colectiva.”

La constelación de autores de que echa mano es muy vasta, pero a los que principalmente recurre y pone en diálogo son Foucault, Nietzsche, Girard y Žižek con vistas a arrojar luz al fenómeno de la violencia. Como se sabe, hay un tema que ha dominado la filosofía de Michel Foucault, el de la exclusión. Él mismo lo ha señalado de la siguiente manera: “Para mí no se trataba de saber lo que es afirmado o valorizado en una sociedad o un sistema de pensamiento, sino de estudiar lo que es rechazado o excluido.” (1994, p. 128).

106

La exclusión de la que habla Foucault es más bien cultural que social, un asunto de la civilización, se trata de una exclusión más estructural. En cambio, la exclusión de la que se habla hoy en día es concebida como un fenómeno esencialmente económico y social. El texto que aquí presentamos se adhiere al abordaje foucaultiano, en ese sentido intervienen dos estratos de análisis, por una parte, un estrato de estructura, por el otro, un estrato histórico.

En la Introducción deja asentado López Iracheta el propósito de su indagación: “Aunque nuestro aporte es modesto, se trata de una invitación a dar lectura a la compleja sintomatología que presentan las sociedades contemporáneas, concretamente en lo que atañe a sus mecanismos de violencia y marginación, y no caer en la seductora demanda de actividad que ciertamente es positiva, pero no si es irreflexiva y deviene en activismo inconsciente o en una ‘ética indolora’ (Lipovetski).” (2017, p. 26). Toda *praxis* debe estar dotada de un componente previo de teoría o reflexión, el autor es consciente de esta trampa, en la que suelen caer los que son proclives apologetas de la actividad. No obstante, si se aspira a una transformación se debe previamente reflexionar hacia dónde dirigir el cambio, y qué es lo que hay que cambiar. En ese sentido, la *praxis* no puede prescindir de un momento de teoría, por muy acuciante que sea su realización, so pena de ser ciega.

Aun y cuando la reflexión está predominantemente marcada por la negatividad, hay espacios para la esperanza, si bien al principio aparece ésta tenuemente esbozada:

Creemos necesario –aún y cuando el trabajo aparenta un punto de partida eminentemente negativo- no blanquear nuestras violencias, nuestros ma-  
lestares sociales y éticos, nuestro hiperindividualismo y por tanto nuestra

capacidad de indignación. Se corre el riesgo de normalizar, de naturalizar acciones que se inscriben en el centro mismo de las lógicas de la violencia anónima y, por tanto, en una permanente transmisión del mal. (2017, p. 27).

El calado de la investigación se asume modesto, programático, en la que debieran concurrir las más distintas disciplinas del hombre, y en ese sentido, constituye ésta tan sólo una pequeña contribución realizada desde la filosofía en esa dirección: “Indudablemente la tarea es ardua incitándonos a la reflexión multidisciplinaria. El presente ensayo sólo pretende ser así, el trazo filosófico de una lectura de los mecanismos de la violencia.” (2017 p. 27). La literatura, la historia, la sociología, la psicología, podrían prestar una ayuda imprescindible a la tentativa que concita tal empresa del pensamiento. Pero el tratado no se agota en el diagnóstico sombrío de una sociedad presa de la violencia, sino que más adelante ahonda y precisa la mira de su cometido:

Lectura (...) que posibilite ulteriormente las condiciones para una acción orientada hacia la construcción de otra lógica; esto es, una cultura y una ética de la no violencia, hacia un *Ethos* donde el otro no adviene ya como un ente administrable, sacrificable, como invasor, sino como alteridad que nos impele a repensar nuestros derechos, nuestras responsabilidades (culpabilidades) y nuestro humanismo. (2017 p. 27).

107

El autor no se limita a denunciar la violencia, la crueldad, sino pretende sondear en sus profundidades, lo cual significa hurgar en su historia, en sus causas, en sus secretos mecanismos, para alcanzar una comprensión del fenómeno, cuyos frutos de la investigación comparte con nosotros en este texto.

La violencia, el mal, no son algo abstracto, una entelequia, sino está imbricado en la sociedad: “La causa fundamental del clamor (del mal) jobiano -según Girard- lo constituye su relación con la sociedad.” (2017, p. 20). Por obvio que sea, este hallazgo constituye una clave hermenéutica de dicha temática. Hay una relación inextricable entre la víctima y la sociedad, la cual produce sus excrecencias, sus monstruos. El autor traza el itinerario en que la víctima de manera imperceptible se va haciendo acreedora de la dosis de violencia por parte del victimario. Por así decir, a la manera en que un imán atrae los objetos por su fuerza de imantación, la víctima atrae a su victimario. El autor lo resume con una cita de un pasaje de Girard: “Cuantos más signos victimarios posee un individuo, más posibilidades tiene de atraer el rayo sobre su cabeza... (este individuo) se convierte en un auténtico conglomerado de signos.” (2017, p. 46). La violencia que se ejerce sobre la víctima está precedida por una estigmatización, un ademán, una gesticulación y amenaza que se ha venido cerniendo sobre ella.

Ocupa un lugar central la tematización de la figura de Job, al que el autor somete a un análisis de filigrana. Las fases o estadios por los que atraviesa el proceso de sacrificio de Job, son hechos coincidir por el autor, con los distintos capítulos de que consta el libro. En ese sentido el desarrollo del texto va escalando en dramatismo, hasta alcanzar su clímax. Los recursos de la literatura y la filosofía se entrecruzan, haciendo eclosión.

¿Qué es lo que lleva a unos a callar sobre la violencia, a guardar silencio sobre la violencia? ¿Qué circunstancias hacen a unos víctimas de la violencia, y a otros sobrevivientes de la violencia? ¿Son la crueldad y la violencia inherentes al hombre? Con todo, ¿Por qué en ciertas sociedades se exacerban la violencia y la crueldad? ¿Qué condiciones propician la práctica de la crueldad y la violencia? ¿Qué circunstancias desencadenan una crueldad y violencia desahoradas, que residían sólo de manera latente?

108

La crueldad y la violencia forman parte de la economía del ser del hombre. Es necesaria una cuota de crueldad y violencia intercaladas en el cuerpo de la sociedad, para que ésta sea acreditada como tal. ¿Cómo hablar de la violencia sin que se vuelva una letanía? ¿Cómo hablar de la violencia sin que su discurso nos deje indiferentes, como al parecer nos deja su omnipresente realidad? ¿Cómo hablar de la violencia sin que el discurso sea un mero momento de la dinámica de la reproducción de ésta?

Estas son preguntas que deben mover toda teoría sobre la violencia.

El autor pone al descubierto el principio de individuación de la violencia. Rastrea el mecanismo de exclusión, el esquema de la violencia desde los griegos, pasando por el nazismo, hasta llegar a la época actual, con los fenómenos, de la inmigración y Donald Trump. A la violencia le precede la exclusión. La figura mítica de la medusa, como una profecía, como un presagio, de un fenómeno que se habría de repetir a lo largo de la historia del hombre, revestida de nuevos gestos, indumentarias, ropajes, ademanes, etc. Desenmascara los secretos resortes de la violencia que se enseñorea desde tiempos inmemoriales. Los gérmenes de una potencial violencia pugnando por cristalizar, como un organismo vivo, como una energía viva, que quiere encarnar, ser personificada, y sobre todo clamando víctimas.

Desde el momento en que se instaura un afuera y un adentro, hay un presagio de violencia, una mutilación. Toda luz trae su propia sombra. En el establecimiento de límites no está en juego sólo el conocimiento, la verdad, sino también y de manera más decisiva, un tipo de humanidad. En la implantación del límite, se activa la señal de la

negación y la persecución que cristaliza en la violencia. Los excluidos son las víctimas del racismo, los locos, los censurados, los enfermos, los homosexuales, los delincuentes, los desempleados, etc.

En nuestro caso sugerimos encausarlo al problema de la violencia, desde allí tanto los análisis de Foucault como los de Girard han de servir como instrumentos para detectar lo que es empujado (a su pesar) hacia los márgenes, marginado, olvidado, violentado sistémica y estructuralmente. (2017, p. 91).

La propuesta del autor una vez que se ha cerciorado de los oscuros mecanismos de la violencia, apunta a una *Teratosofía*, que deriva del uso que Foucault da al término de una Teratología: “Hay que preguntarnos desde aquí por la posibilidad de una “Teratosofía” como una modalidad de la filosofía (una hermenéutica de la violencia) atento a la diferencia y sus desplazamientos.” (2017 p. 91).

La experiencia límite remite ella misma a la transgresión, que no es otra cosa que la experiencia de la experiencia límite.

En el fenómeno de la violencia no podemos dejar de lado su complejidad, aunado a los mecanismos ya puestos de relieve por el autor, vemos que la ausencia de la religión, y la pérdida del temor que lleva aparejada, la crisis espiritual que vive el hombre, se convierten en caldo de cultivo para su desaforada práctica. ¿Es posible erradicar por completo la violencia y la crueldad? ¿O esta es más bien inherente al hombre? ¿Nos hace inmunes a la práctica de la violencia y la crueldad el hecho de conocer sus mecanismos? Si asentimos a lo segundo, a lo más que se puede aspirar es a disminuir su presencia, su virulencia.

El filósofo norteamericano Richard Rorty se ha interesado también por el tema de la crueldad, definiendo al liberal, como una persona que cree que la crueldad es la peor cosa que puede hacer. Cito un pasaje en que hace referencia a Nabokob y su aflicción por la crueldad: “Es claro, a partir de su autobiografía que lo único que realmente podía abatir a Nabokob era el temor de ser cruel, o de haberlo sido. Más específicamente, lo que temía era sencillamente la posibilidad de no haber notado el sufrimiento de alguien con el que hubiese estado en contacto.” (Rorty 1991, p. 176).

Este libro se inscribe en esa tesitura, como testimonio de un temperamento sensible a la violencia y la crueldad que nos aqueja como sociedad, y como hombres, y habla desde un cierto *Pathos*, o más exactamente, desde un *Ethos* del autor. Este texto es un guiño o invocación a futuros trabajos de mayor envergadura que hemos de aguardar por parte del autor. ■

## REFERENCIAS

- FOUCAULT, M. (1994). *Dits et Écrits, vol. II*, París: Gallimard.
- LÓPEZ Iracheta, J. C. (2017). *Cultura y violencia. Reflexiones en torno a la alteridad, marginación y la justificación de la violencia*. Chihuahua, México: ICM.
- RORTY, R. (1991). *Contingencia, ironía y solidaridad*. España: Paidós.

